

JUAN JOSE ARREOLA / STARRING: ALL PEOPLE



Homenaje a Cecil B. de Mille

Después de tomar parte en unas secuencias terrenales, mezclado en la turba de espectadores, Efrén Hud abandona la sala. Con la sombra de un garrote en la mano, alega ante su guía de otro mundo un síntoma nauseoso. El guía lo sostiene compasivo y deplora su malestar. La multitud alterada aúlla en favor del bandido y en contra del inocente. *Ecce homo*. Después de secarse las manos Pilato arroja el agua sucia sobre la muchedumbre, maldiciéndola en voz baja. Instintivamente, Hud esquiva la salpicadura y se niega a intervenir en el documental de largo metraje, realizado en tres dimensiones.

Con el pretexto de que descanse, el cicerone lo conduce veladamente a la casa del hombre que fue en la tierra Jesucristo, cuando quisieron rendirnos por amor. Mientras el reino de los cielos sufre violencia llegan a un chalet, villa o dacha que domina un canal de regadío con aguas lentas y armoniosas. En la terraza los recibe el actor. Aparenta unos treinta años, hermoso, apacible y moderado. Cuando habla y se exalta, la pasión descompone su figura: ademanes activos, palabra suelta y febril. Soportó con felicidad las pruebas a que fue sometido desde su captura en el huerto de los olivos. Sin embargo, tiene el aspecto suave y deslumbrado de los convalecientes. Se queja, interrumpe su discurso en pausas suspensivas y lleva la mano hacia el costado. Cuando mira en panorama sus ojos se iluminan con inocencia casi infantil, como si viera por primera vez los jardines colgantes del crepúsculo:

—¡Qué alegría tan grande me da usted con su visita! Muero por volver... Fue tan poco lo que pude vivir entre ustedes. Y en un lugar tan pequeño... Tengo que volver... ¡Claro que debo volver! Pero siéntese usted por favor... ¡Judas, Judas, ven, tenemos una visita! Le presento a usted a Judas, señor Hud...

—Mucho gusto...

—¿Quiere usted tomar algo?

—Gracias. Me sentí un poco mal en el cine. Tuve

que salir...

—¡Qué bueno que no vio usted esa película! Está incompleta. En realidad no puede decirse que se trata de una película, aunque a mí me parece la mejor de todas... Estuvo a punto de costarme la vida. Pero falta la última parte y voy a terminarla. Los médicos ya me dieron de alta. Sólo espero la voluntad de mi padre... Estoy completamente restablecido de las manos y los pies, pero todavía me duele aquí en el costado... La lanzada que me dio aquel pobre comparsa... ¿Cómo se llama? Pero no fue culpa suya... siempre se me olvida su nombre...

—Longino...

—¡Ah sí, sí, Longino... se le cayó la lanza de las manos... Sí, me acuerdo, se restregó la sangre sin querer sobre los ojos... Me parece que lo estoy viendo... Se quedó encandilado. Pobre, no porque yo fuera yo, sino porque veía por primera vez el sol poniente tras las cruces... ¡Qué palo de ciego! Los sayones le pusieron la pica en las manos diciéndole: "¡Dale!" Me la clavó con todas sus fuerzas y atravesó la envoltura hasta el centro del sistema... Yo debí quedar para siempre entre vosotros... Y este traidor que me dejó solo. Así son los amigos ¿Te acuerdas, Judas? Te fuiste a pagar la copa, a divertirme creyendo de buena fe que no corría ningún riesgo, a beber el vino rojo que no era el de las bodas ni tampoco el de mi sangre... Caído en la tentación, reconócelo, querías dártelas de hombre... No sé si por fortuna o por desgracia llegaste en el momento oportuno, después de la esponja de hiel y de vinagre... *Lamma sabactani*. No se mortifique usted, señor Hud... Todo fue tan hermoso, tan hermoso... ¡Qué maravilla de personajes! Toda esa gente del campo, la montaña y la ribera... Artesanos que labran piedras, maderas, metales humildes y preciosos. Los mercenarios vestidos de andrajos que juegan a los dados hasta la última esperanza, los pescadores que no saben andar sobre las aguas y



esas prostitutas aldeanas que hacen mal y bien por una ínfima paga, un adarme de perfume, un puñado de pistaches... Lástima por los exarcas y tetrarcas, los procuradores, trapecitas y sanhedrines... pero entre ellos los hay buenos. Mateo publicano, y aquel hombre de Cafarnaum inolvidable, un centurión al servicio del imperio... por nada guardo rencor. Todo está envuelto en mi recuerdo por un denso aroma remoto. Esa fragancia con que María Magdalena ató para siempre mis pies a sus cabellos ¡como si fuera la emanación de su alma titubeante aún entre el arrepentimiento y el ardor...!

El sol se había puesto ya. Sus rayos últimos inflamaron el agua limpia y resonante del canal. El actor dio a la sombra un perfil de Caravaggio. Naves siderales trazaban de una estrella a otra fantásticos dibujos. Se quedó mirándolos, pero luego dijo con melancolía:

—Usted va a volver antes que yo. Los médicos me dieron de alta, pero mi padre sigue hallándome desperfecto. Tengo que acabar esa película. Faltan las últimas secuencias, el último episodio que puede ser feliz, que debe serlo a pesar de la consumación de los siglos y de los terrores milenarios. ¿Pero qué están haciendo ustedes? Ya lanzaron la primera piedra... Allí, en el jardín, vea ese halo de hierba quemada. Un objeto deplorable se incendió con relámpago iracundo, casi a la diestra del padre, como quien dice. Cayó en el jardín, pero bien pudo alcanzarme la cabeza, acertado como el rejón de Longino... Pero no se apene, señor Hud, estaba ciego y no supo lo que hizo. Mire, también llega aquí de cuando en cuando una plegaria, un alma vuela directamente sin más combustible que la llama de amor viva, sin más impulso direccional que la obcecada certidumbre de la fe... Pero yo he comprometido a muchos, a los que fiaron el aval de mi palabra, los que apostaron contra el príncipe del mundo y perdieron lo que tenían. A Pedro lo sedujo la posibilidad de una pesca

milagrosa, y ya se sabe lo que pasó. Se le fue la barca de los pies y lo crucificaron de cabeza, como un ancla hacia el abismo. Perdóneme si blasfemo delante de usted, pero más le valdría haberme negado para siempre... Todavía anda por allí con su terquedad al aire libre, el pedrusco que lleva sobre los hombros, esculpido por el viento y la sal, jaspeado por el estiércol de los pájaros marinos: ¡Buen cimiento andariego para un edificio inconmovible! Véalo usted de un lado a otro, corriendo desesperado, pidiendo paz desde la retaguardia, porque la oreja que el cortó con su espada, yo la soldé otra vez tras el pómulo de Malco... pero luego, ¡qué vanidad enorme cabe en una estatura, entre la tiara y las sandalias de oro y de rubíes! Mire lo que son las cosas. Llevo conmigo algunos recuerdos de utilería, por ejemplo, este látigo que usted ignora y que restalla en vano sobre la espalda de los mercaderes. ¡Lástima por no haberme quedado para siempre! La herida todavía está fresca en mi costado y gentes como Felipe siguen esperándome. De las santas mujeres prefiero no hablar. Felipe, un desconocido que me siguió desde el principio. Vendía refrescos en el desierto de soda y cocía jabón con salitre y grasa animal para las lavanderas jordanas. Lo crucificaron oscuramente primero en Hierápolis, más tarde en Nagasaki y luego los acreedores de su pueblo natal. Se llama Felipe de Jesús y ha fracasado en todo. Le fallaron las parábolas aplicadas a la vida real, porque tomó al pie de la letra el sentido figurado. Perdió como sembrador hasta el último talento de los diez que le di a guardar. Su tepache pasó de moda porque no embriaga a nadie y las amas de casa hacen remilgos a un jabón que huele a sebo y a verraco. (Entretanto, Juan delira evangelista entre las cuatro paredes de su Patmos de azotea, escribe apocalipsis de bolsillo y ángeles malignos le dan de comer libro tras libro en el insomnio.) ¡Y esta herida que no acaba de cerrarse en mi costado! Me parece que fue ayer cuando volvió a



abrirle el dedo incrédulo de Tomás... Ayer también cuando los soldados que guardaban mi sepulcro, adormilados y borrachos, me vieron ascender a las nubes iluminadas por explosiones poderosas, gracias a la oportuna intervención de Judas... Sólo tuve tiempo para despedirme de María Magdalena... Nadie me vio después de ella... Mire usted cómo Judas se impacienta. Es mi doble y también quiere volver, pero por razones muy distintas a las mías. Tiene el amor propio de los hombres, se lo inculcaron sus amigos y se muere por contradecir su fama de Iscariote. Confiésalo, Judas, dícelo tú mismo al señor Hud, cuesta mucho sobrellevar el mote de traidor... Hud... Jehuda... Judas... ¡Pero si son ustedes tocayos, hasta ahora me doy cuenta!

—Perdone usted. Me sentí mal y tuve que salirme del cine...

—No se preocupe. Hizo bien al no ver esa película, hay que filmarla de nuevo. Usted mismo lo sabe, desde el día que abrió los ojos, pero nunca lo ha dicho: la muerte está en la base del drama como la Mujer al pie de la cruz (ojalá y la Madre cuide al Hijo). Permítame ahora un rasgo de vanidad humana y valga como disculpa el hecho de que no me he quitado el maquillaje de hombre. Me duele el desaire, más que la herida en el costado: ni los que me escupían al pasar se molestaron en subir al Cal-

vario, populacho de extras y verdugos. A Simón de Cirene hubo que pagarle el doble porque me diera una mano... Y por todo comentario, las reseñas lacónicas de Flavio y de Filón. Cierto que cometimos errores de tiempo y de lugar. La víspera del sábado y una capital de provincia romana señoreada por la rapiña y la discordia. Y para colmo, el desenlace a la hora de comer. En fin de cuentas, un fracaso de público y de crítica. De taquilla también, en lo que se refiere a las entradas al cielo. Y esto a pesar de que el espectáculo fue anunciado proféticamente con la debida anticipación. A propósito, señor Hud, usted es un hombre justo y por eso está aquí: para detener la espada de la justicia. Anuncie desde mañana que yo volveré en cuanto pueda para establecer en la tierra el reino de mi padre. ¡Otra vez la leyenda de los siglos, esa coproducción de miedo entre el cielo, la tierra y el infierno! Todo está listo. El reparto incluye las estrellas del universo sin distinción de magnitud y el argumento narra la gloria del señor. El éxito depende de que usted organice a sus semejantes en sociedad anónima. Dividendos iguales para todos, como en la viña. Pero eso sí, cada quien debe cubrir oportunamente el monto de sus acciones. *Tolle lege* y firme donde dice: "Que se haga tu voluntad y no la mía." Se trata de la voluntad de mi padre. Conste.

